

PADRES E HIJOS

Por MARISOL DE LA CRUZ TEJEDA

Es clásico escuchar a nuestros padres decirnos que sólo les comprenderemos cuando tengamos nuestros propios hijos. Tal vez en lo acalorado de alguna crisis parezca una simple salida fácil de la conversación; mas siendo aún novata en gajes de maternidad, he ido experimentando una sintonía nueva con mis padres, devenida de una especie de “complicidad” en el amor filial (que sabemos único). Pasamos entonces a repasar aquellas incomprensiones, aquellas decisiones que en su momento cuestionamos o simplemente no aceptamos. La mirada se amplía junto con los límites de nuestra receptividad. Nuestros padres pasan a ser también hermanos en el amor, consejeros, enciclopedias de experiencias en las que cómicamente resultamos ser coprotagonistas. Qué momento tan especial este vaivén de historias compartidas desde un mismo sentir, llegando por fin al punto en que ellos, como abuelos, son mejores padres; y nosotros, como padres, somos mejores hijos.

Desde esta experiencia enriquecida contemplar a nuestro Dios, que es Padre, ha sido asomarnos a su infinito Amor con el que ahora conectamos más internamente.

Recuerdo el primer retiro de oración que hicimos en casa unos meses después del nacimiento de nuestra Alma. Solo podía pensar una cosa: “Si Dios me ama a mí, como yo amo a mi hija, entonces es un amor realmente sin medida”. Nada más lógico, pues, que entregar la vida. ¿Qué no daría yo por Alma?... ¿Qué no daría Dios por mí?... Sintonizo entonces con su paciente espera ante mis rebelías y necesidades; con sus gestos de

cercanía, con toda la Gracia que se me regala sin merecerla, con su eterna disponibilidad, con su amarnos sin medida.

Así mismo fue oportuno en esta Navidad mirar al Dios Padre llenando al pequeño Jesús de detalles, en el acontecimiento de su nacimiento: una familia que lo acogía; unos pastores siendo contagiados de alegría y enviados a adorarlo; oro, incienso y mirra; Su Vida, que era entonces y ahora, un milagro cotidiano.

Dios se adentra, es cierto, en nuestra humanidad rota; en un contexto de miseria, exclusión y hostilidad. No hay nada de romántico en nacer en una cueva y llorar por vez primera acostado en un pesebre. El dolor del descarte es innegable. Dios se adentra en la pobreza, también es cierto, se anonada..., pero Dios es Padre, y se adentra no desde la pasividad inmutable de quien todo lo puede y controla, sino desde la sensibilidad que emerge de ese amor filial. Dios participa, se implica, llenando la realidad de detalles de amor que preservan y celebran la vida de su Hijo.

Nuestro Dios es Padre que se hace Hijo, y siendo hijo es por ello mejor padre. Es capaz de encarnarse en nuestros dolores y límites, de acompañarnos a crecer, creciendo junto a nosotros. Conoce desde dentro nuestra interioridad, nos sueña, y nos ayuda a soñarnos con Él.

Hoy, como todas las familias cubanas, vivimos momentos muy complejos en los que la incertidumbre es compañera frecuente de camino. Hay nuevos dolores, nuevos descartes y exclusio-

nes, nuevas injusticias. Hay nuevos pesebres.

La sensación de orfandad nos tienta como a todos y es fácil desde ahí perder la esperanza, tomar decisiones vacías, desolarnos. Pero la vida sigue naciendo, sigue emergiendo desde dentro y toca optar por ella como lenguaje frente al otro; palabras, gestos, modos... “escoger la vida”, porque nuestro Padre nos da esa vida, porque somos Hijos. Y desde su Amor nos acompaña siempre, se adentra con nosotros llenando esta cruenta realidad de sus gestos de cercanía. Se nos hace cadena de alegría y Gracia, desde Él a nosotros, de nosotros a nuestra hija, al otro.

Padres a su imagen, a ello nos llama: padres que se impliquen con amor y transformen entregando la vida; como Él se entrega por nosotros. Dejémonos entonces abrazar por su Amor, que Él nos descansa y alegre. Y desde el regazo del Padre amado vayamos a los otros como hermanos.



Cuando tienes a tus propios hijos te sorprende que tu corazón puede contener tanto amor y empiezas a comprender cuánto le debes a tus padres